



¿ADÓNDE VAMOS?

Si miramos a nuestro alrededor, cada vez nos parecemos más al personaje del conejo en la obra de Lewis Carroll, *Alicia en el país de las maravillas*, que permanentemente miraba el reloj y se quejaba de no tener tiempo. Observar la rutina normal de una ciudad, es percatarse de cómo nuestras calles son un enjambre de personas que a toda velocidad, casi pisándose unas a otras, van hacia algún destino, se supone que con cierto objetivo.

Una de las características principales de nuestro mundo actual es la aceleración, la rapidez, el cambio brusco, la inmediatez. Decir que «no hay tiempo» es una expresión demasiado generalizada. De ahí que en el denominado «primer mundo», el tiempo se considere un bien escaso y como tal

muy apreciado, y no es raro que se afirme que puede que sea uno de los recursos más valorados en el siglo XXI.

En nuestro contexto actual nos invade la prisa. Se tiene la experiencia de que las actividades nos superan y desbordan. La urgencia precipita un modo de proceder en el que casi todo tiene que estar terminado para ayer. Así, no se vive en el presente, porque el presente «ya es pasado» y en consecuencia, difícilmente se proyectará un futuro, porque nunca podrá llegar.

Nos encontramos gobernados por los relojes, con la sensación de que cada vez corremos más y curiosamente, cada vez tenemos menos tiempo. Funcionamos como unos «hamsters» que son colocados en un entorno social -jaula- y que no paran de correr a toda velocidad día y noche dentro de una rueda que se mueve pero que no se desplaza a ningún sitio y cuyo único objetivo es mantenerla en continuo movimiento.

Lamentablemente, estamos tan inmersos en el sistema que no nos sorprende la situación. Incluso, como en la experiencia de *Alicia en el país de las maravillas*, puede que tales conductas nos parezcan lo más normal. A veces el organismo reacciona y protesta. El cuerpo funciona como caja de resonancia que nos lanza llamadas de atención para que nos interpelemos y cambiemos el registro. Determinadas alteraciones, somatizaciones, estrés, cansancio, pueden ser signos de tal desgaste. Lo fundamental es que podamos reaccionar antes de que sea demasiado tarde. Y la mejor manera de reaccionar es tener bien formulada y seguir una escala de valores y prioridades. «Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón» (San Mateo, 6, 21)

J.L.T.

MERECE LA PENA...

Un importante aspecto del arte de vivir una vida sana son las buenas rutinas en su aspecto terapéutico y espiritual. Las rutinas estructuran y organizan el día, ofreciendo la oportunidad de entrar en su contenido y, a través de éste, entrar en la realidad auténtica de la vida. Abren el cielo sobre la monotonía gris de nuestra vida diaria, llenándola de su luz.

El gusto por la vida es la principal condición previa para una vida equilibrada y sana. Las rutinas son también, por lo general, algo consistente: yo, por ejemplo, cada mañana tomo una cruz y la sostengo ofreciendo mi día a Dios. Jacob ungió la piedra sobre la que había dormido y tenido el sueño de la escala que unía la tierra con el cielo. La sencillez, la dureza de la piedra, es un símbolo de la ternura y la firmeza del amor de Dios que me envuelve. Jacob tomó la piedra como recuerdo. Los rituales y rutinas nos recuerdan la presencia de Dios entre nosotros en medio de la vida ordinaria, nos garantizan la compañía de Dios en la marcha por la vida, abriéndole a Dios las puertas de nuestro interior, poniendo orden en la vida.

En las personas interiormente desgarradas pueden inyectar una virtud curativa. Ponen también orden en el alma. Prestan a los deprimidos apoyo y consistencia. A través de los rituales tengo la impresión de ser yo mismo quien vive, y que la vida merece la pena vivirse, porque es una fiesta, la fiesta de la unión con Dios. Ellos me enseñan a comprender que mi vida tiene valores y está llena de sentido. Porque no puedo vivir una vida equilibrada y sana si no la lleno de sentido.

A.G.

COLETA

Esta santa fue bautizada Nicoleta, pero la llamaban Coleta. Y fue una viajera.

Cuando tenía poco más de veinte años, Coleta tomó los hábitos e ingresó en un convento, donde fue valorada por su profunda espiritualidad.

Ella planeaba vivir una vida tranquila, pero un día mientras rezaba, ¡cambió de idea! Decidió que su "llamada" consistía en abrir nuevos conventos con reglas más estrictas que las que tenían muchos monasterios de esa época.

Coleta comenzó a trabajar y recorrió toda Francia y Flandes. A pesar de enfrentar muchos obstáculos, pudo abrir diecisiete conventos nuevos y reformó muchos otros monasterios siguiendo la regla de las Clarisas Pobres. Las hermanas de esta orden fueron conocidas como "las Coletinas".

Esta santa comenzó su vida con los pies firmemente plantados en un lugar, pero luego Dios le dio "zapatos de viajera". Porque quien abre su corazón al viento de Dios puede encontrarse con grandes sorpresas...

¿QUE TIENE DE MALO REMENDAR?

Un día, un señor se maravilló al encontrar al obispo S. Fco. de Sales zurciendo su ropa.

«¿Qué tiene de malo? -respondió sonriendo el santo-. ¿Qué tiene de malo que remiende lo que yo mismo he roto?». «Este hecho -contaba después aquel señor- me ha ayudado en mi vida cristiana, mucho más que otros argumentos y temas sobre la fe».

Muchos soldados de las tropas de Tolone se convirtieron simplemente viendo pasar todos los días al santo obispo por delante del cuartel, tan modesto, tan misericordioso...

EL PARAÍSO ES VUESTRO

Ya sabemos que Felipe Neri amaba la alegría, por lo que no aprobaba a los penitentes escrupulosos. En un monasterio había una monja que tenía tentaciones y escrúpulos pensando que podía condenarse; se desesperaba y lloraba. El padre Felipe fue a verla, y estando aún en el locutorio empezó a gritar: «¡Sor Escolástica, el Paraíso es vuestro!».

La religiosa acudió llorando como una magdalena con intención de ser consolada. Entonces, Pippo el Bueno (como así llamaban a Felipe Neri) le preguntó decidido: «Decidme, ¿por quién murió nuestro Señor?». La monja respondió: «Por los pecadores». «Y vos, ¿sois una pecadora?». «¡Oh, sí!, padre, la más grande pecadora»; y venga a llorar. Pero el padre Felipe le dice: «Entonces es el momento de que dejéis de llorar, porque el Paraíso es vuestro, pues Jesucristo murió precisamente por vos, para salvaros».

Fue así como el alegre cura consiguió convencer también a esta buena alma y a curarla de la angustia, que en sí misma es un mal del cuerpo y del alma.

LA PROVIDENCIA

El término procede del latín providentia y significa literalmente «mirar por». Referido a Dios, sugiere el cuidado que Él consagra a la Creación. La divina providencia consiste en las disposiciones por las que Dios conduce con sabiduría y amor todas las criaturas hasta su fin último. Ése no es otro que la gloria de Dios; se trata de una obra exclusiva del Creador, un don consistente en la comunicación de su propia verdad, bondad y belleza a las criaturas.

Desde esta perspectiva, la providencia divina no constituye un factor más en la marcha del mundo; porque ni sustituye a las leyes de la Creación ni interfiere en la libertad humana; al contrario, constituye su origen y garantía.

En una Creación que está en camino, Dios permanece como principio, medio y fin de todas las cosas. Afirmar la providencia divina significa reconocer a un tiempo la presencia activa, amorosa y providente en el mundo y la dependencia absoluta de todo lo creado, (que tiene a Dios por fundamento).

LA VERDAD NOS HACE LIBRE

MOSES Mendelssohn, abuelo del famoso compositor alemán, era corto de estatura y jorobado. Estaba locamente enamorado de la hija de un rico comerciante de Hamburgo, una chica muy atractiva.

Un día, estando de visita en la casa del comerciante, tuvo ocasión de encontrarse con la joven en la sala donde se hallaba. La linda señorita sintió una repulsión instintiva y ni siquiera le miró durante el tiempo que estuvo allí. Todos los intentos de iniciar una conversación con ella fueron inútiles.

Finalmente, Moses le preguntó en voz baja:

-¿Crees tú que los matrimonios se hacen en el Cielo? - Sin levantar los ojos, que tenía fijos en el suelo, ella contestó:

-Sí. ¿Y tú?

-Sí, yo también -respondió Moses. Todo ocurre de la manera siguiente: cuando nace un chico, el Señor determina en el Cielo con qué chica se va a casar. El día en que nació yo, el Señor eligió a quien iba a ser mi futura novia, pero añadió: «La esposa de este chico será jorobada». Sin dudarle ni un momento, mi alma le rogó diciendo: «¡Señor! Ser jorobada será una tragedia para esa mujer, dame a mí la joroba y permite que ella sea esbelta y bonita». El Señor atendió mi oración.

La muchacha quedó profundamente conmovida al oír esas palabras. Volvió el rostro hacia a Moses, le tendió su mano y, tiempo después, se casó con él.

Un príncipe francés visitó una prisión. En honor del visitante real, el alcaide prometió soltar al prisionero que designase el príncipe. Con el fin de elegir a quien pudiera dejar en libertad, el príncipe comenzó a entrevistar en privado a los hombres que se hallaban encerrados, preguntándole a cada uno:

-¿Por qué estás aquí?

-¡Soy inocente, señor! -dijo uno con voz lacrimosa.

-¡Me tendieron una trampa para incriminarme! -alegó otro. El perjurio, los prejuicios, la injusticia y la arbitrariedad de ciertos déspotas eran las razones aducidas por los convictos para explicar por qué estaban en prisión. Sólo un hombre contó una historia diferente:

-Alteza, yo merezco estar aquí y no tengo nada que alegar en contra. Cuando vivía libre, fui un perverso malhechor que cometí muchos crímenes. Es un gran alivio, para la sociedad y para mí mismo, que me encuentre entre rejas.

-¡Qué malvado eres! -dijo el príncipe-. Resultas verdaderamente peligroso para estos ciudadanos honrados que comparten la prisión. Tú mismo admites que eres lo bastante dañino como para corromperlos a todos. No puedo permitir que permanezcas ni un día más en su compañía. ¡Alcaide, éste es el hombre al que quiero indultar!

